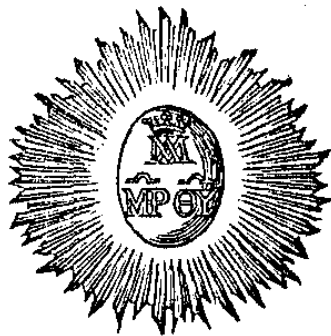


S. XVIII
1702 (9)

CERTÁMEN PÚBLICO
DE DOCTRINA CRISTIANA,
HISTORIA SAGRADA, POLÍTICA, CALOGRAFÍA
Y GRAMÁTICA CASTELLANA,
QUE TENDRÁN BAJO LA PROTECCION
DE SU REVEREN.^{MO}, IL.^{MO} Y EXC.^{MO}

M E C É N A S,
LOS DISCÍPULOS
DE LAS ESCUELAS PÍAS,
DE UNA DE LAS CLASES DE ESCRIBIR
DIRIGIDOS POR SU MAESTRO
EL P. BERNARDO DE JESUS Y MARÍA.
EN EL DÍA DE Á LAS DE LA TARDE.



EN VALENCIA:
EN LA IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MANUEL LOPEZ.
1817.

4

ra la instruccion gratuita de ambos sexos. Fué éste el ilustrísimo señor don Andrés Mayoral, cuyo nombre todavía se pronuncia y recuerda con respetuoso agradecimiento; cuya memoria será siempre en bendicion en los fastos de la iglesia católica. Aquel celosísimo Pastor, aquel amoroso Padre de la infancia menesterosa y pobre, halló en ésta Ciudad, ilustre por tantos títulos, colegios y establecimientos destinados á contener y dirigir la juventud en la carrera literaria; halló una de las mas célebres universidades; halló varones sabios que daban lecciones de las ciencias sublimes: halló tambien hombres doctos empleados en el oficio delicado, pero al mismo tiempo lisongero y honorífico, de educar á la nobleza; mas en medio de tantos y tan insignes establecimientos, halló tambien con admiracion y dolor, que la pobre y tierna infancia, esa porcion numerosa, de cuya crianza y educacion pende la suerte de muchas generaciones, ó estaba confiada á manos rudas y mercenarias, ó abandonada lastimosamente: vió que tropas de niños menesterosos, que muchos hijos de artesanos, cuyos brazos no podian soportar los gastos de su instruccion, quedaban sumidos en la ignorancia, ó condenados á duras penas, y en corto número lograbán proporcionarse á los acomodos y destinos para los que el cielo los dotára de prendas y talentos. A vista de tal desamparo y abandono, el piadoso señor Mayoral, preguntaba con el Profeta: ¿dónde está aquí el doctor de los párvulos, el maestro de los pequeñuelos? ¿de esa tierna, pobre y sencilla niñez, á quien distinguió y acarició tanto el sumo Pastor de los pastores? ¿dónde el literato caritativo y paciente, que se encargue de acoger esa infancia desvalida, de educarla en el santo temor de Dios, de explicarle é infundir-

5

le las palabras de su ley; de instruirla en las letras santificadas por la religion? ¿Ubi litteratus? ubi legis verba ponderans? ubi doctor parvulorum?

Añáse tan dignos de un verdadero Pastor de las almas, cuidados y deseos tan justos y caritativos, no podían quedar largo tiempo frustrados, y sin las bendiciones del cielo. Este deparó felizmente al ilustrísimo señor Mayoral la pronta noticia del piadoso Instituto, fundado por san José de Calasanz, alumno un tiempo de ésta misma universidad de Valencia, Instituto recientemente venido á la misma ciudad, pero con tal abogo y estrechez, que el recinto de sus escuelas bastaba apenas para la vigésima parte de ésta capital populosa. Admiróse aquel gran Prelado de que trás siglo y medio de existencia, hubiera prosperado tan mezquinamente en España católica un Instituto, que en cierto modo tenía por cuna á la misma España, siendo obra de un nobilísimo español: Instituto de humanidad y beneficencia pública, cuya posesion, segun decia un gran Pontífice, debieran desear y solicitar hasta los turcos: Instituto de caridad y piedad cristiana, que dilatado rápidamente por todas las regiones de Italia, de Alemania, Polonia, Suiza, Hungría, Lithuania y otras, hacia progresos y frutos asombrosos, siendo respetado de los mismos protestantes, que le confiaban tal vez sus hijos, á pesar de que por su influjo y sus instrucciones velan desertar de su sècta pueblos enteros, y volver al seno de la iglesia católica: Instituto, que sobre contar desde su instalacion gran multitud de profesores insignes y eminentes, unos por la santidad de vida, otros por su literatura, erudicion y elocuencia, habia dado copiosas mieses de alumnos pobres, elevados ya por su mérito

de las primeras dignidades de la iglesia y del estado: Instituta en fin, que los Monarcas de Polonia, y la incomparable emperatriz María Teresa miraban entónces mismo como un fuertísimo baluarte de sus tronos, y una prenda de la fidelidad de sus pueblos, por cuya causa le habían proporcionado en sus citados gran número de establecimientos magníficos, ya para la educacion de la nobleza, ya para la instruccion universal y gratuita de todos sus vasallos. Con tan plausibles noticias, y á vista de tales ejemplos, creyó el ilustrísimo señor Mayoral que haría un obsequio y servicio incomparable á la religion, y á la patria, protegiendo las Escuelas Pías de Catalanz, entónces tan poco favorecidas, engrandeciéndolas, y declarándose su gran patrono y munífico bienhechor. Y á esta resolucion generosa debióse la ereccion del Seminario Andresiano, que hasta en el nombre recuerda agradecido los favores, y liberalidades del ilustrísimo señor don Andrés Mayoral, su fundador y patrono: á la misma se debió la fábrica del Colegio, la mayor capacidad de sus escuelas, la magnificencia de su templo singular, habiendo suplido la beneficencia del inmortal Carlos III, y la inagotable liberalidad del excelentísimo señor don Francisco de Fabian y Fuero, lo que no pudo completar el señor Mayoral, prevenido de la muerte: y vencido las dificultades que éste encontró para dar al establecimiento, y sus escuelas, toda la grandiosidad y ensanche que necesitaban.

Tales fueron los principios de las Escuelas Pías en Valencia, principios que éstas recuerdan, y recordarán eternamente, para testificar su reconocimiento y gratitud á su piadoso fundador. Parece que éste presentia, y se gozaba con anticipacion, en los frutos copiosos y opímos que su obra debía dar á la

iglesia y al estado: parece que previó de antemano, que las Escuelas Pías de Valencia llegarían á ser con el tiempo uno de los mas útiles, y considerables establecimientos de la España, y acaso el mas concurrido de toda la Nacion. Se complacia, pues, en visitarlas frecuentemente, en conversar familiar, y cariñosamente con los niños, en permitirles, á imitacion de nuestro divino Salvador, que se le acercasen con entera confianza, en alentarlos con exhortaciones y recompensas á las tareas del estudio, y á la doctrina de la religion, en costear y presidir sus públicos cántamos y academias, que prescribía el mismo en ciertos períodos, en las que los hijos del artesano, del labrador, del marinero con igual derecho, justicia, y equidad que los del rico y del noble eran oídos, aplaudidos y premiados. El público por su parte no tardó en conocer y apreciar el beneficio que le procuraba su celoso Pastor y Prelado, y la ciudad de Valencia señaladamente, como tan cristiana, dócil y culta, hizo justicia al esmero y á las fatigas penosas de los profesores de las Escuelas Pías. Estas se vieron concurridas cual acaso ningunas otras de España; vióse el Andresiano poblado de alumnos de casi todas sus provincias, y el Colegio de Valencia contó muy luego en sus listas, para gloria inmortal de su Fundador, y de sus dignos sucesores, los nombres de discípulos nacidos, no ya solo en éste Reino, mas tambien en Aragon, Cataluña, Madrid, Sevilla, Granada, Cádiz, Méjico, la Habana y otras ciudades y regiones. Todo conspiraba á realizar las grandes esperanzas del señor Mayoral, todo á producir los frutos, y verificar los resultados excelentes que se habia prometido. De hecho, vióse luego mas generalizado el buen gusto de las humanidades y bella literatura, desapare-

ció en las disputas literarias y científicas la gerga del latín bárbaro, y oyóse á la filosofía, teología y demás ciencias hablar un idioma claro, limpio y correcto. La oratoria sagrada halló en la célebre oración, y elogio fúnebre del mismo señor Mayoral, uno de los principales, sino ya el primer ejemplar y modelo, de arrogada, patética y cristiana elocuencia, sin rosabios del alambicado culteranismo, que por muchos años la afeaba y envilecía. Véanse en las oficinas reales, en los estudios de los abogados, en los públicos documentos mejoradas las formas de la escritura, con la elegancia y simetría de los caracteres, y lo que mas importa, víbse universalmente pro-

1 Tal fué el juicio y elogio que hicieron del mencionado discurso los autores del célebre memorial literario, que años pasados se publicaba en Madrid. Compuso la citada oración fúnebre, y la pronunció en 1769, el padre Benito Felu de san Pedro, director entonces del Andresiano, sugeto harto conocido por su vasta erudicion, y por sus talentos. Por ellos era contado entre los mayores hombres de la Nacion. Escribió y publicó en elegante latín, la vida del insigne arzobispo de Valencia, el señor Ayala, compuso varias memorias, tambien impresas, y estuvo encargado de la correccion y edicion de la Biblia, traducida por el ilustrísimo Scio, como asimismo de la obra del Evangelio en triunfo. Al mismo Sabio se debe la gloria que los citados autores del memorial literario atribuyen á la Orden de las Escuelas Pías, de haber introducido en España el buen gusto en el estudio de las ciencias naturales, y teológicas, así como toda la Europa debió á los profesores de la misma Orden la introduccion de las primeras cátedras públicas de ciencias matemáticas en Florencia.

pagada y estendida la instruccion en las másimas, y en la doctrina de la religion.

Aunque resultados tan felices se aumentaban de dia en dia, y acreditaban mas y mas á los hijos de Calasanz, sin embargo creyeron éstos que no debian contentarse con ellos, y se juzgaron obligados á dar al público, en ciertos períodos, pruebas todavía más sensibles y auténticas, de que no desmerecian el favorable concepto, y la confianza lisonjera que aquellos dispensaba. Con éste fin además de los exámenes que se acostumbraban en todas las escuelas, por el curso del año, además de las visitas mensuales de las mismas, adoptaron el estilo de celebrar en cada trienio, ó quando fuera del gusto y voluntad de sus Patronos y Prelados, públicas y solemnes academias, que sobre otras mil ventajas reunen la de inspirar á los niños y jóvenes una emulacion provechosa, acostumbrarlos al despejo y buena pronunciacion, y á saber apreciar la estimacion y las alabanzas del público. Las aciagas circunstancias de éstos años pasados, ocasionaron la interrupcion de las dichas academias, pero recobradas por fin las escuelas del fatal decaimiento que las amenazaba, tiempo era ya que tambien aquellas recobrasen su antiguo uso y esplendor, en el reinado pacífico de un Soberano, que ha llenado de Escuelas Pías, por decirlo así, todo su reino, empenando á las corporaciones religiosas en la instruccion y enseñanza gratuita de sus vasallos, tiempo y razon era ya, que se renovasen y repitiesen, bájlo los auspicios de un Prelado sabio, y de un Patrono digno imitador de sus predecesores, el cual, si por una parte aplica sus cuidados y su mano bienhechora á los asilos de la humanidad, y de la caridad cristiana, ya para mejorar su administracion,

ya para sostenerlos y proporcionar mayores socorros, comodidades y consuelos á los pobres dolientes, imposibilitados y decrepitos; por otra la abre generosa y liberalmente para hacer prosperar la educación, y avivar en los pechos de los niños y jóvenes, los estímulos de la aplicación necesaria, y en los de los padres el deseo y la solicitud de hacerlos instruir.

Tales son las causas y razones que ahora mas que nunca inducen, y aun obligan á los profesores de las Escuelas Pías, á renovar y ofrecer con mayor celo, si ser puede, sus antiguas academias. Por lo demás, ocioso y superfluo parece el inculcar y repetir prolijamente el anuncio de los ejercicios que en ellas se practican, las materias y objetos sobre que versan principalmente, su estension y trascendencia: pues todo ello se ha declarado repetidas veces en los impresos, ó anuncios de las mismas. Así que, despues de haber los alumnos del Seminario Andresiano dado pruebas de su instruccion en los ramos concernientes á una educación cristiana, literaria y caballerosa; despues de mostrar los discípulos de la clase de retórica sus conocimientos en la elocuencia, poética, bella literatura é historia; se presentarán en los dos siguientes dias los niños de las escuelas de escribir, y verificarán, si el público se digna favorecerles, los ejercicios pertenecientes á sus clases. Parte de ellos será la explicacion de las reglas, y propiedades de nuestro bastardo nacional: su teórica y práctica: y la del corte y manejo de la pluma, sin olvidar la recta y exacta ortografía. En prueba de la instruccion que en estos ramos tienen los discípulos de esta clase, cortarán las plumas, escribirán repentinamente en el teatro, y presentarán lo escrito con un crecido número de muestras, para testimonio de la identidad.

Interpolarán la gramática castellana, las épocas de la historia nacional, con algunas fabulitas y otras poetas amenas, ya para quitar el fastidio de ejercicios monótonos, ya porque esta clase de escritos, fuera de la instruccion y enseñanza que embeben, contribuyen sensiblemente á avivar el natural y el despejo de los niños. Otros varios ramos abrazaríamos en este género, mas como es posible en escuelas sobrecargadas de muchachos apiñados, en donde hay apenas espacio para rebullirse, y en donde el Maestro apenas logra tiempo suficiente para hacer que no lo malogren, mas de doscientos niños, á quienes debe arreglar, y disponer las cosas precisas, y enmendar los descuidos y defectos? Pero en medio de toda esa enseñanza y doctrina de la religion, llama y ocupa nuestras primeras y diarias atenciones. Esta es el objeto y fin preferente de nuestro pío Instituto, ésta la que principal y mayormente nos encarga é impone nuestro santo Fundador y padre; ésta la que mas estimó y buscó siempre el pueblo español, y ésta la que mas imperiosamente exige de nosotros el siglo en que vivimos. Hubo tiempo, feliz tiempo, en el que pudieron bastar la explicacion y enseñanza de los dogmas, la instruccion en las máximas y obligaciones de la vida cristiana. En el dia es indispensablemente necesario infundir, y grabar desde luego en los niños el amor, el aprecio, el respeto á la religion, por persuasion y convencimiento. No hay otro preservativo mas eficaz, despues de la gracia de Dios, contra la enfermedad capital y característica de nuestro siglo; es decir, contra esa indiferencia, apatía ó menosprecio en materia de religion, que es precisamente el negocio en que ménos la debiera haber. Con éste objeto bemos reunido en un breve discurso las pruebas no

ya solo religiosas, pero aun filosoficas, politicas y morales, que militan á favor de la religion de Jesucristo, y convencen al hombre de buena fé, que en ella tiene la fuente verdadera de la individual y pública felicidad; ya que no ha existido ni existirá en el mundo un plan mas acabado, ni un sistema tan á propósito para hacer á los hombres virtuosos y buenos, y para remediar todos los abusos y desórdenes que afligen y consumen al género humano. De aquí deducimos una consecuencia legitima, y que reclama seguramente toda la reflexion de los filósofos y políticos, y es, que solo un perverso, un malvado, un mortal enemigo de la sociedad puede desear ó procurar que el mundo deje de ser cristiano; pues ninguno jamás abandonó la religion de Jesucristo para ser mejor, ni mas hombre de bien, ni mas útil y provechoso á sus semejantes. Bâjo este punto de vista debe examinarse el Evangelio aun humanamente, esto es, cuando se le compara con los sistemas filosóficos y politicos; y si de este modo se examina imparcialmente, cierto que la victoria quedará con infinitas ventajas á favor de la religion. A estas pruebas y razones, añadimos mayor firmeza y realce con la explicacion del catecismo, que es nuestra ocupacion diaria, y con la historia de la religion, que igualmente dirán. Por este medio llega un niño á saber lo que en vano buscaron los sábios de Roma y de Atenas, pues sabe cual fué el origen admirable del género humano, cual el origen y râtz de sus miserias, de sus contradicciones, de su infelicidad; cuál es, y en dónde está el cierto y seguro remedio de sus males, cuál en fin será el destino inmutable que le aguarda en la consumacion de los siglos, y fin de los tiempos.

Con estas sólidas instrucciones, fortificadas por la gracia de

Jesucristo, perfeccionadas con la edad, y ayudadas de los buenos ejemplos y lecciones de los padres, esperamos que nuestros discípulos se preservarán del horrendo precipicio de la impiedad, llegarán á ser hombres temerosos de Dios, fieles discípulos de Jesucristo; y con esto solo serán tambien los mas felices de los mortales en esta vida, y en la eterna.

No siendo posible que se presente toda la muchedumbre de niños que concurre á nuestra clase, á dar pruebas de su instruccion en los ramos expresados, hemos escogido para este objeto los niños siguientes.

D. José Lorente y Pérez.	D. Francisco Zurita y Mateus.
D. José Cadena y Cortés.	D. Vicente Riera y Peris.
D. José Bonéll y Martí.	D. Joaquín Marco y Miquel.
D. Matéo Tomás y Diaz.	D. José Matóses y Labrador.
D. Luis Arnau y Carbonell.	D. Silverio Civera y Martinez.
D. José Llopis y Queróll.	D. Mariano Aparisi y García.
D. Ramon García y Carrascosa.	D. Eduardo Gimenez y Aliaga.
D. Heliodoro Torrijos y Civera.	D. Tomás Lopez y Martinez.
D. Mariano Garin y Aguilar.	D. José Guardiola y Ayarza.
D. Bernardo Perez y Moliner.	D. José Rubio y Pólo.
D. Salvador Roda y Féo.	

D. Pascual Rubio y Pólo.	D. Vicente Garrigues y
D. Martin Cabána y Pastor.	Gonzalez.
D. Pedro Cabána y Pastor.	D. Vicente Tomás y Mestre.
D. Antonio Cabána y Pastor.	D. Carlos Escrich y Balles-
D. Juan Gomez y Vicente.	tér.
D. Matéo Dominguez y Pavía.	D. Juan Martínez y Losilla.
D. Salvador Villacampa y Calpe.	D. Mariano Gilavert y Te-
D. Juan Bautista Moróder y Martinez.	llo.
D. Vicente Moróder y Martinez.	D. José Ventura y Valls.
D. Manuel Artiga y Soriano.	D. José Gomez y Cros.
	D. Antonio Gomez y Cros.
	D. Antonio San José y Mar-
	tí.
	D. Luis Beltran y Monsó.
	D.
	D.

RELIGION.

Si los niños son educados cuidadosamente, desde sus tiernos años, en la piedad, y conocimiento santo de Dios, puede esperarse con fundamento, que todo el resto de su vida sea feliz y dichoso. Así habla á sus hijos, el doctor y padre de la infancia, san José de Calasanz, á quienes encarecidamente encarga, trabajen incesantemente, y se desvelen, por grabar con caracteres indelébles, en los tiernos corazones de los parvulitos, las máximas de la sana moral, y los mas puros sentimientos de la cristiana religion. Bien es cierto, que un niño, cuyas potencias comienzan con lentitud á desarrollarse y robustecerse, no es capaz todavía, de poder formar una idea justa, de los sublimes preceptos del evangelio; mas no por esto debe dejar de sembrarse en su tierno corazón, la semilla fecunda de la piedad y recta creencia. Al sábio, y celoso profesor le incumbe plantar y regar, y de Dios debe esperarse el incremento. Al sábio y celoso profesor le incumbe desenvolver los sucesos, y explicar los arcános que exceden la comprehension limitada del niño, y á Dios concederle el espíritu de la verdadera inteligencia. Y en desempeño de éste deber, además de hacer aprender, á nuestros discípulos, el excelente catecismo de nuestras escuelas, y de egercitarles continuamente, en la leccion del admirable, del señor Fleuri, hemos tambien procurado, hacerles conocer muy de cerca, cuáles deben ser eternamente sus sentimientos religiosos para con su Dios: cuál su respeto á los templos, y ministros del Altísimo: y cuáles sus deberes para con sus semejantes, y para consigo mismos. El compendio de la historia santa

que por suerte, recitarán diez y seis niños: la repetida esplicacion del catecismo, y algunas lecciones sueltas, alternadas de graciosos diálogos, pondrán de manifiesto, nuestros trabajos en desempeño de punto tan interesante, y la docilidad, y aplicacion de nuestros amados discípulos.

CALOGRAFÍA.

El arte, de escribir, recta y gallardamente, es sin duda alguna el mas precioso de todos los conocimientos, que enriquecen el humano entendimiento, despues de la religion, y el mas útil en la vida social. Él enseña al hombre á hacer sensibles sus mas íntimos pensamientos, y á retratar con la pluma los arcanos de su corazon. Él es el alma del comercio, la pintura de lo pasado, la regla de lo futuro, el mensajero de los pensamientos, y la llave de todas las ciencias y artes. Sin él, la sociedad fuera un caos, y las ideas y proyectos mas útiles quedarían eternamente sepultados, en el ingénio mismo que supo concebirlos. Aparecen instantáneamente los sábios sobre la faz de la tierra, representan en breve su cómica escena, y con paso rápido marchan á esconderse para siempre en la region del olvido, quedando á cargo de la pluma inmortalizar sus nombres, y hacer que ecsistan sus bellas producciones, y que se mire en ellas el alma misma que supo producirlas, la que con mucha lengua espresa al que lee, sus sentimientos, y conceptos. ¡Arte sublime! ¡divino arte! tú ecsiges de justicia nuestra atencion, tú mereces todo aprecio, y quien no conoce tus bellezas, y procura adornar con ellas su espiritu, á sí mismo se desprecia y se degrada. Los Profesores de las Escuelas Pías, saben conocer tu mérito verdadero: ellos han llegado á penetrar

tus primores, y tus gracias, y de aquí sus trabajos, y desvelos en hacer conocer á la multitud infinita de niños que frecuentan sus clases, las reglas teóricas y prácticas de tu verdadera y propia formacion. Y cual haya sido el resultado de sus fatigas en ésta parte, podrá juzgarlo el público por la esplicacion ecsacta que á su presencia harán, los mismos niños, de todas las reglas de éste bello arte, en general, y de cada una en particular, como tambien de las planas, de todo tamaño de letra, que ofrecerán á su sábia censura.

ORTOGRAFÍA.

Las letras, formadas segun arte, con primor, con limpieza, con igualdad y gallardía, deben considerarse como el cuerpo de la escritura, y el alma que le anima, le vivifica, y le hace agradable á cuantos le miran, es ciertamente la recta y ecsacta ortografia. "Ella es la que mejora las lenguas, conserva su pureza, señala la verdadera pronunciaciön y significado de las voces, y declara el legítimo sentido de lo escrito, haciendo, que la escritura, sea un fiel y seguro depósito de las leyes, de las artes, de las ciencias, y de todo cuanto discurrieron los hombres dóctos y sábios, y dejaron á la posteridad para su universal instruccion." Ella constituye un todo perfecto, enlazándose con la pluma delicada, á quien señala el puesto respectivo que deben ocupar las letras y palabras, y como debe darse á cada una de éstas su tóno propio, y verdadero sentido con el buen uso de la puntuacion. Aquel escritor que sabe reunir en su pluma, la egecucion gallarda de la letra, con la escrupulosa ortografia, podrá llamarse ciertamente perfecto en su clase, pero á quien ésta falte, solo debe dársele el triste dictado de mero escribiente. Los defectos del cuerpo merecen, sin compara-

ción alguna, mayor disimulo que los del alma, y caso que en la escritura deba tolerarse alguno, éste sea en el cuerpo de la letra, sino tuviere la mejor formación, pero no en el alma, que es la buena ortografía. No son los niños capaces de abrazar las reglas todas, y de conocer los primores de éste ramo de ilustración tan propio de la clase que frecuentan, por tanto, nos hemos contentado con explicarles repetidas veces las reglas principales, hacérselas aprender de memoria, advertirlas en lo que leen, y practicarlas en lo que escriben; sin omitir el evidenciarles, en qué consiste la verdadera pronunciación: la propiedad del tono y acento, y el verdadero y propio sentido de lo que se escribe. De todo darán pruebas al público, según lo pidan las circunstancias.

URBANIDAD.

La atenta cortesía, siempre se ha considerado como una prenda indispensable en el hombre, que debe vivir en sociedad. Ella es la que dá á las acciones humanas un cierto lustre que las hace amables. Puede el hombre tener su mérito particular, puede ser un sábio de primer orden, y un cristiano de costumbres irreprehensibles, pero sino tiene finura de trato, y una mediana instruccion de las reglas, llamémoslas así, de la etiqueta, jamás será otra cosa, en lo que se dice gran mundo, que una figura ecsactamente dibujada, pero sin colorido: ó un precioso diamante sin brillantár; pues sus toscos modales eclipsarán, todas cuantas prendas posea. Los rústicos modales hacen perder al hombre toda la estimación que de justicia era debida, á sus talentos, y le condenan á vivir separado del trato de sus semejantes, y á pasar sus días, cual ave nocturna, en la obscuridad de su

retiro. Esta ciencia de mundo, que debía ser propia solamente, de cierto rango de gentes, se busca ya en el día en los niños mas tiernos, y se les moteja, sino la poseen con perfección. En una visita, en una tertulia, en un teatro, se mira escrupulosamente, si el niño se presenta con gracia, si responde con prontitud y viveza; si es respetoso, si habla y calla á sus tiempos: y si reúne éstas circunstancias, aunque por otra parte no tenga en sí mérito alguno, es aplaudido y colmado de elogios los mas lisongeros. Pero al contrario, si es atado de génio, si es pusilánime, si no saluda con gracejo, aunque sus prendas sean las mas estimables, él no será sino un niño mal criado, digno de vivir en una choza, y de guiar un háto de ganado. Nuestro carácter, y profesion, nos impiden muchas veces enseñar prácticamente ciertos modales, que están en una directa oposición, con nuestro venerable ministerio, pero esto no obstante, no omitimos ocasion de instruir á nuestros discípulos, en cuanto juzgamos ser en ésta parte de nuestra precisa obligación. Garantes serán de ésta verdad, el diálogo que recitarán sobre los efectos de la buena, y mala educación: y el compendio de la urbanidad en general, que en graciosos versos recitarán por suerte algunos niños, según el tiempo lo permita.

GRAMÁTICA CASTELLANA.

Después de ventitres años, que según leyes de nuestra profesion, hemos empleado en la instruccion cristiana, y literaria de la tierna juventud, acabamos de conocer por fin, que nuestro método no ha sido completo, pues siendo profesores públicos de una clase de escribir, en una capital, donde es preciso reunir el carácter hermoso de letra, y ecsacta ortografía, con

algún conocimiento de la gramática castellana, por no estar en uso tal práctica, la hemos omitido. Pero enseñados ya por la experiencia de su absoluta necesidad, alentados con el ejemplo de otros nuestros hermanos, y como profesores, y bien persuadidos de sus ventajas, tratamos seriamente de mejorar nuestra educación en ésta parte cuanto posible sea. Bien sabemos, que llegar á poseer una lengua, es empresa de muchos años, de largo estudio, y de profundas reflexiones: que es empeño de hombres, no de niños tiernos, querer sondearla. Así lo creemos, y así lo creará todo hombre sensato é ilustrado. Esto supuesto, nadie deberá esperar, que nuestros discípulos, á quienes hace mes y medio pusimos por primera vez, en las manos, el arte de la gramática castellana, prometan en ella cosas grandes, ni se sugeten á un rigoroso exámen público. Si tal intentásemos, espondríamos ciertamente nuestros discípulos á una pública confusión, y atraeríamos sobre nosotros la justa nota de temerarios. En una clase pública y numerosa, son muchos los objetos que llaman la atención del maestro, y por consiguiente á ninguno de ellos puede atenderse con seriedad. No obstante, diez y seis niños, alternativamente, dirán sus lecciones en forma de diálogo, y no atreviéndonos á prometer, por ahora, mas al público, por no engañarle, solo resta le supliquemos, que reflexionando son niños los encargados de desempeñar asuntos, que quizá exceden su corta comprensión, les disimule benigno sus defectos. Así lo esperamos.

DON JOSÉ LORENTE Y PEREZ,
ABRIRÁ LA FUNCION CON LA SIGUIENTE

O D A.

No del ingenio ó del arte buen cristiano y ciudadano
científicas invenciones, procura formar al hombre.
no de mágicas escenas Del escribir elegante
los encantos y primores: los ápices y primores
No espectáculos variados de la amable cortesía
por sus lances y sus nombres las urbanas instrucciones,
en ésta pueril palestra En fin cuanto saber debe
presenciaréis hoy, señores: un buen hijo, y un buen joven,
A objetos mas venerables, todo se explicará, y todo
y ejercicios muy mas nobles, en brevísimas lecciones.
si bien agradables ménos, Si otra cosa os prometieseis
llamámos las atenciones. de ésta academia, señores,
Oireis de la religion defraudados quedarían
aquí las augustas voces, vuestros votos desconformes.
su historia, moral, y dogmas, Pero no::: léjos de mí
las coronas que propone. pensamientos ménos nobles,
Verdades oireis, que barlan ideas que agraviarían
mil veces feliz al orbe, á tan ilustres varones.
si practicadas se vieran Vents, señores, vents
en los pueblos y naciones. no en busca de vanas flores,
Verdades con que la Escuela de inútiles pasatiempos,
que por Pía se conoce de frívolas diversiones.

Venid á dornos alieñto
con vuestros voíos acordes,
y á que sigamos alegres
del saber el claro norte.

Ea pues, mis compañeros,
desechemos los temores,
y á la palestra salgamos
animosos y conformes.

Los señores que nos mirán,
los que escuchan nuestras voces,
nuestros padres son, ó madres,
ó son prudentes varones:

Varones, que sabrán dar,
con ánimo franco y noble,
aplauzo á nuestros aciertos,
perdon á nuestros errores.

DON JOSÉ CADENA Y CORTÉS
PRONUNCIARÁ EL SIGUIENTE.

DISCURSO.

“La educación cristiana, es la verdadera fuente de la individual y pública felicidad.

Beatum dixerunt populum, cui haec sunt, beatus populus cujus Dominus, Deus est.

Feliz llamaron al pueblo, que goza de tales prosperidades; empero el pueblo feliz es aquel, que tiene á su Dios por su Rey y Señor.

Salmo 143, verso último.

Un Rey santo, que habia pasado por todas las vicisitudes del infortunio, y la prosperidad, del abatimiento, y la elevacion; un rey belicoso y político, que despues de conquistar su trono, habíale asegurado sobre la ruina de sus enemigos, y pacificados sus pueblos, reinaba en medio de ellos rodeado de gloria; un rey profeta, que iluminado por los rayos superiores de la divinidad, conocia mejor que ninguno de los mortales las miserias del género humano, y las fuentes de su verdadera, y sólida felicidad, cerró con estas memorables palabras, y con éste sabio desengañio, la brillante pintura que acababa de hacer de un pueblo venturoso y feliz, segun las ideas de la filosofía, y política humana. He aquí decía, en que cosas cifran la ventura y dicha de los pueblos, esos hombres alucinados que no hacen mérito del conocimiento y culto

del Criador, ni de la influencia de la religion, en la prosperidad, y el bien estar de las naciones. *Fili alienorum*. Dichoso y feliz aclaman al pueblo, cuyos jóvenes se ostentan gallardos y vigorosos, como nuevos plantíos de árboles pomposos y lozanos; cuyas hijas comparécen brillantes y ataviadas como templos en dias de fiesta y pompa, cuyos cilleros rebosan con la abundancia de provisiones y frutos, al mismo tiempo que sus avejas fecundas salen de los rediles en manadas numerosas, sus pingües bacadas cubren los vâlles, y collados, y sus casas bien pobladas, no ofrecen á la vista una sola ruina, ni se oyen en sus calles asonadas, ó gritos de tumulto, y sedicion, ni las saltan ladrones, que turben su tranquilidad y buena andanza: feliz clamaron al pueblo donde se encontrase tal cúmulo de prosperidades: *beatum dixerunt populum, cui hæc sunt*. Pero el santo Profeta nos previene con anticipacion, que los hombres que así hablaron, no respiran por sus lãbios sino vanidad, é insensatez: *quorum os locutum est vanitatem*, y concluye por el contrario, que el pueblo verdaderamente feliz es aquel, que tiene á Dios por su Rey, y Señor, es decir; aquel pueblo que funda principalmente su dicha, y su bien estar, en ser fiel á Dios, que se gobierna cual si tuviera por su inmediato Señor, y Rey, al que le es de todo lo criado, oyendo con docilidad sus oráculos, y obedeciendo con exacta prontitud á sus leyes, y preceptos. Este, éste dice, aquel santo Rey y profeta, que será el pueblo realmente dichoso, y feliz: *beatus populus, cujus Dominus Deus est*. Y quedo las palabras del Profeta divino, recaen precisamente sobre la felicidad eterna, é inmortal, fin primario del culto de Dios, y de nuestra santa religion. No, señores, no ciertamente. La sentencia y asercion de David, comprehenden asimismo, la temporal felicidad de los

hombres, y de los pueblos, sobre la tierra, de la que es, y será siempre un manantial inagotable y peréne, su conducta y pollada reglada por las leyes del evangelio.

El evangelio, si señores míos, solo el evangelio, y la religion de Jesucristo, son capaces de constituir feliz al hombre, feliz á un pueblo, feliz á una nacion, feliz al mundo entero, no solo eterna, mas aun temporalmente, porque sola ella contiene y reúne un plan acabado para hacer buenos á los hombres, y un conjunto de máximas, y verdades, cuya práctica, si fuera universal en el mundo, remediaría todos los abusos, y desórdenes que los sábios de todas las edades han llorado en las sociedades, y gobiernos humanos. El evangelio solo, y la moral del cristianismo, encierran aquel secreto inesfable, que se ocultó á los filósofos y legisladores, el secreto de adquirir el único bien real que hay en la tierra, el único bien constitutivo de nuestra verdadera felicidad, á saber, la satisfaccion de nuestra alma, y el reposo de nuestro corazon. En una palabra, y para reducir mis ideas, á una sola proposicion; la religion de Jesucristo, que nos une con Dios, y hace que en todas nuestras acciones lo tengamos por nuestro Rey y Señor, es tambien la que ofrece á los mortales el mas dichoso de los sistemas para ser felices sobre la tierra, puesto que por ella se hace el hombre útil y provechoso, cuanto ser puede, á sí mismo, á su prójimo, á su familia, y á su gobierno, y por consiguiente, la educacion cristiana es la verdadera fuente, y el mas copioso nacedero de la pública, y privada felicidad.

He aqui, señores, el asunto grande, é importantísimo á que hoy llamo vuestra atencion; asunto el mas digno de una academia cristiana, donde la niñez, que algun dia deberá formar la dicha, ó la desgracia de la nacion, comienza á ser

imbuida en las verdades y máximas religiosas; como fuente y origen de su inalterable, y sólida felicidad: pero al mismo tiempo, he aquí también una paradoja para los sofistas y falsos políticos de nuestros días, los cuales no desengañados aun con los escarmientos de tantos siglos, y pueblos, se empeñan todavía, en cimentar la felicidad del género humano, en los mismos principios, y en las prosperidades engañosas, en que la fundaban aquellos políticos, que detestaba el Profeta, y cuyos labios solo proferían expresiones vanas, y seductoras.

Con efecto, señores, ¿cuántos siglos há, que se multiplican en el mundo planes especiosos, para mejorar la suerte de los pueblos, ¿que hormiguean entre los hombres los sistemas filosóficos para hacerlos felices? ¿y cuántos siglos há que el mundo fluctúa mas y mas, entre olas continuas de revoluciones funestas, de guerras desoladoras, y entre abismos de infelicitades, y desgracias? En nuestros mismos días, en ésta época, que tan liberalmente se há llamado feliz, por la propagacion de luces, y conocimientos científicos, en la que se han pronunciado tantos discursos pomposos sobre mejorar la suerte de la humanidad afligida, se han ideado tantos planes enclavados de magníficas esperanzas, y promesas, se han logrado por dicha, en los pueblos de Europa que son los mas industrioses, y científicos, ese cúmulo de felicidades tantas veces prometidas? ¿Osará decir alguno, que el género humano haya dado un paso mas, hácia su felicidad verdadera y estable, con tantos sistemas, y cálculos? Al contrario, en medio de tantas esperanzas y promesas, ¿no ha cundido mas que nunca, la mala fé? ¿no se ha refinado la inmoralidad? ¿no ha ido en aumento el egoismo y la corrupcion, raiz de todas las infelicitades, vejaciones y miserias? ¿no han sido las naciones que se tenían por

mas sabias y hábiles, presa, é instrumento de un despótismo impío, tiránico, y feroz, que ha cubierto de luto, de orfandad y lágrimas, la mitad del globo terráqueo? y en fin, no se ha alzado, por do quiera, un quejido y grito universal de los pueblos, que se lloran mas que nunca infelices y miserables? ¡Ah! los duelos y las calamidades del género humano se perpetuarán, irán de aumento, mientras un saludable desengaño no abra los ojos, á los ciegos, y desgraciados mortales: se multiplicarán todavía los males en la tierra, en tanto que los centinelas, y custodios, de la pública felicidad, la funden erróneamente en los mismos principios, y en el conjunto imposible, de las prosperidades terrenas, en que la fundaban aquellos políticos impíos, de quienes hablaba el profeta David; es decir, mientras los planes y medidas de los hombres, se cifian á promover la industria, el reconocimiento del poder de las riquezas, de las comodidades y regalos de la vida, y de una prosperidad siempre fatal á las costumbres, y á la felicidad real y verdadera, como no la modere y santifique la religion. Yo me atrevo, pues á decir, á esos arquitectos alucinados de la ventura humana: vosotros, que reducís el sistema de la privada, y pública felicidad, á que florezca libremente la industria, prospere la agricultura, se multipliquen las artes, abunden las riquezas, con todas las comodidades de la vida, y á los pueblos que reuniesen ese cúmulo de ventajas, admiraríais, y calificaríais de felices y dichosos, *beatum dixerunt populum, cui haec sunt*; sabed que habláis necedades, *quorum os locutum est vanitatem*: porque el espíritu de la suma verdad nos desengaña, y asegura por lo contrario, que solo es felice el pueblo, que tiene á Dios por su Rey y Señor, *beatus populus cuius Dominus Deus est*: y éste pueblo afortunado y venturoso no es

otro; sino el que es verdaderamente cristiano, y arregla más y mas su conducta y polida según las máximas del evangelio.

Para demostrar, y persuadir una verdad tan importante, y haceros ver la influencia superior que tiene la filosofía de la religion; y la educacion verdaderamente cristiana en la individual y pública felicidad, no pretendo, señores, con profusa, y circunstanciada enumeracion, referir el cúmulo inmenso de beneficios, de ventajas, y utilidades de que así los hombres, y las naciones en particular, como la humana sociedad en comun, son deudores á la religion y moral del cristianismo. No me detendré ahora en manifestar lo mucho, que sus dógmas augustos y sublimes, sus planes magníficos, sus promesas inefables contribuyen á elevar y purificar nuestras almas; á endiosarlas y hacerlas superiores á los contratiempos, alteraciones, vicisitudes, y mudanzas, ya en bien, ya en mal; que diariamente se conjuran para constituirnos desgraciados: tampoco representaré cuan superior es un cristiano, apoyado fuertemente en las verdades y esperanzas que le ofrece su religion, á los héroes mas decantados del mundo, tanto en los sucesos adversos y prósperos, de la vida presente, como en los consue- los reales y efectivos para lo por venir. Ni el tiempo, ni mis conocimientos permiten que abrace yo, en mi breve discurso, todas éstas pruebas y razones, verdaderamente filosóficas, y que demuestran, hasta la evidéncia, las ventajas incomparables de la fé, y de la moral evangélica, para constituir, aun temporalmente, felices á los mortales. Me basta, señores, un hecho palpable y sensible; un hecho comprobado por la esperiencia de todos los siglos: un hecho que está diariamente á la vista de todos: un hecho en fin, que reconocieron, y confesaron, los mismos paganos cuando mas enemi-

gos se mostraban á la religion de Jesucristo, y lo que es mas hecho que reconocen prácticamente, los incrédulos de nuestros dias, es decir los adversarios capitales del evangelio. ¿Y cuál es señores, éste hecho tan convincente, y reconocido? Es que todos aquellos, que arreglan su vida, y costumbres, según el espíritu de la religion cristiana, son entre los demás hombres, los mas inescorables en los principios de probidad, y de honor; los mas puntuales y exactos en llenar los deberes de su estado; los mas constantes en la virtud, y en la justicia, los mas edificantes, y ajustados en todas sus palabras y acciones, los mas incorruptibles en sus oficios, y en su conducta, para con los demás; los mas estimados y buscados para todos los negocios, cuyo desempeño requiere fidelidad, y hombría de bien; los mas á propósito para buenos amigos en las prosperidades, y en la adversidad; y en fin, el manantial mas inescagoso, y perenne, de benevolencia, y caridad, para el alivio, y socorro de los desgraciados. Ni es posible otra cosa, puesto que vivir según el evangelio de Jesucristo, ser buen cristiano, es ser no como quiera virtuoso, sino hombre divino, en sus principios, en sus afectos, y en los motivos; es ser buen ciudadano, buen hijo, buen padre de familias, buen hermano, buen magistrado, buen príncipe, bueno, fiel, incorruptible en todo, porque las verdades, las miras sublimes de la religion de Jesucristo, todas se dirigen á la virtud, y á una virtud acendrada, pura, desinteresada, perfecta, hasta hacernos semejantes y aun hijos de Dios: ninguna por el contrario á fomentar las pasiones, aun disfrazadas con trage plausible, ninguna, á cometer, ó apadrinar la menor injusticia, la mas sutil iniquidad. ¿Y qué mas se requiere para la paz, y buena armonía, y felicidad del género humano? No apelaré aquí, señores, al evangelio mismo, ni á los apologistas y es-

critores de nuestra religion: apelemos solamente á los filósofos, que mas respeto nos merecen, por sus ideas admirables, y ajustadas; por sus miras sábias, y virtuosas, en favor, y para la felicidad del género humano. El divino Platón á cada paso inculca, y repite ésta gran máxima, éste principio de Sócrates, que despues adoptaron Epicteto, Séneca, y todos los filósofos moralistas, á saber, que el primer objeto, en la educacion de los jóvenes, y el fin principal, en el gobierno de los pueblos, debe ser el hacerlos virtuosos, y cualquiera, que se desvia de éste fin tan esencial al bien estár de la sociedad, por grandes que sean sus méritos, y sus empresas, bájo de otros respetos, no es verdaderamente merecedor, del aprecio, y la estimacion del público. Y tal era el juicio que hacia Platón, de uno de los mas ilustres ciudadanos de Atenas, que habia largo tiempo gobernado la república, con reputacion extraordinaria, que habia llenado la ciudad de templos, teatros, estátuas, y edificios suntuosos, habíala engrandecido con magníficos, y soberbios monumentos, donde habian agotado sus primores la pintura, la escultura, y demás nobles artes; que en fin habia dejado en sus obras grandiosas el sello del buen gusto, á los venideros siglos. Platón pues, que miraba la administracion, y gobierno de Pericles, como debia mirarla un filósofo, es decir, con relacion á la pública felicidad, preguntaba si podia señalarse un hombre solo, un ciudadano, un extranjero, esclavo, ó libre, comenzando por sus propios hijos, á quienes éste tan celebrado político hubiera hecho, con sus afanes, y cuidados, mas hombre de bien, mas virtuoso, y mas feliz. Antes observaba, juiciosamente, que Pericles, con su decantada administracion, habia hecho perder á los atenienses, las virtu-

Plat. in Gorg.

des de sus padres, los habia empeñado en guerras de puro orgullo, y vanidad, que fueron harto fatáles á la patria, y sobre todo los habia acostumbrado á la pereza, é indolencia, á señ amigos de una nécia ostentacion, y admiradores de cosas vanas y superfluas. De aquí inferia, que una vez estragado, y perdido el antiguo, y virtuoso carácter nacional, no era ya de esperar que aquel pueblo caprichoso, frívolo, y sin virtudes, repitiese las hazafias de Maratón, ni los prodigios de Salamina. El vaticinio de Platón vióse cumplido á muy breve tiempo, y el pueblo de Atenas, que un siglo ántes habia asombrado al mundo, desbaratando un millon de combatientes, y triunfando del inmenso poder de Gerges, lleno ya solo de orgullo, y de vicios, llegó á ser el juguete de los traidores, y de los tiranos. Tal ha sido, y será siempre, la suerte de los hombres y los pueblos, que una vez perdieron el gusto á la grandeza, y gloria verdadera, que nacen únicamente, de la virtud y providad.

Y ved aquí, señores, la apología del evangelio: ved aquí la prueba concluyente en favor de la religion cristiana. Aun cuando no mirásemos á ésta, sino como un sistema de hombres, puramente, cuando por un imposible, la supusiéramos falsa en el origen divino, que se le dá, y en las esperanzas eternas y consoladoras que ofrece, al género humano, siempre seria cierto, que todos sus designios, sus máximas, sus egemplos, no tienen otro objeto, ni se proponen otro fin, que el de hacer virtuosos y felices á los hombres. Ella se aviene bien, y se abraza amigablemente, con las ciencias naturales y filosóficas, ella dá nuevo esplendor á los talentos, y á las prendas sociales, ella ordena el trabajo, y aprueba la industria, ella fomenta la cultura y las artes: á su influencia benéfica han debido las naciones de Europa, la superioridad sobre tantas otras que se han hundido en la estupidez, y bar-

hábile: en fin ésta religion amable se concilia gustosamente con todo lo que es honesto, justo, ordenado, y hermoso. Porque siendo hija de aquel Padre inmortal, que lo es de toda bondad, justicia, y orden, no puede ménos de aprobar cuanto es bueno, concertado, y racional. Pero al paso que la filosofía cristiana admite gustosa, y aun realza y anima, los esfuerzos de la razon humana, en las ciencias, y en las artes; al paso que dà una sancion augusta á los oficios, y ministerios civiles, desdénia altamente cuanto no lleva la marca de un fin honesto, y virinoso; y aun reprueba los hechos mas grandes, é illustres, sino los halla vivificados por el espíritu de la virtud, y de la piedad. Y en ésto manifesta principalmente su excelencia, infinitamente superior, á los sistemas de los filósofos, y legisladores. Su objeto único, y su único fin respecto de los hombres, no es hacerlos sábios, ricos, poderosos, y sociables, aunque los hace tales, ordinariamente, sino el hacerlos buenos, virtuosos, y felices en el tiempo, y en la eternidad, y ésto lo logra siempre. Esta es el alma de todo su plan; porque sabe, que haciéndolos buenos, y virtuosos, los hará pacíficos, los hará concordes, y humanos, los hará laboriosos y aplicados, los hará sumisos y obedientes, los hará benéficos, y útiles á sus semejantes, los hará dichosos: Y así lo consigue ciertamente. No es menester, para convencernos de ésto, sino fijar por un momento la atencion en el cuadro hermoso, y tierno, de la piadosa familia del santo Tobías, de aquel israelita fiel y verdadero, que segun nos refiere su bella, y edificante historia, se gobernó siempre, por la máxima primera, y fundamental de nuestra religion: es decir, por el santo temor de Dios, principio, y complemento de la sabiduría, al que tuvo por su guía, y conductor en todas sus acciones. Con él, se elevó al grado mas puro y sublime de la virtud, y piedad;

con él se formó el ciudadano mas caritativo, y benéfico; con él un excelente padre para su familia, un señor benigno y humano para sus criados, un consolador universal de los infelices; con él se grangó la aceptación, el aprecio, y aun el respeto y la confianza de los mismos idólatras que le habian cautivado; con él fué dichoso en medio de la opresion, y cautiverio; él mantuvo su ánimo tranquilo en las mayores calamidades; él le sacó de ellas con nuevos aumentos de gloria, de bienes, y de prosperidad, y con él formó para muchas generaciones, una familia virtuosa, y feliz en quien dejó vinculadas las bendiciones del cielo, y de los hombres. ¡Oh! ¿cuándo pudo, ni podrá, la filosofía humana presentar un débil rasgo de lo que obró en la familia de Tobías, la sabiduría de la religion, aun antes de recibir de Jesucristo su perfeccion y complemento? Tan excelente, y singular es el carácter que la distingue, aun mirada solamente como un sistema de legislacion moral, y como un código de máximas dirigidas al bien de la sociedad humana! Carácter admirable, y único que reconoció en élla el famoso Montesquien, cuyo testimonio no puede ser recusado por los que se precian de filósofos. Este sagáz intérprete, y juez de las leyes de todos los siglos, y de todos los pueblos, habiendo examinado el espíritu de la legislacion cristiana, con respeto al bien estar del género humano, se vió forzado á exclamar, lleno de admiracion. "¡Cosa admirable! La religion de Jesucristo, que al parecer no busca ni enseña á buscar sino los bienes del cielo, y la felicidad de la

1 Montesq. citado por Mr. Chateaubriant, en su epigrama al genio del cristianismo.

otra vida, hace también la verdadera felicidad del hombre sobre la tierra." Y si tal se presenta, señores, la doctrina de la religion, mirada como un sistema de moral, y comparada con las leyes de los hombres, ¿qué será si la contemplamos como suprema legislación de Dios? y qué si entramos con la antorcha de la fé, en el santuario de sus verdades, de sus misterios, de la pureza de sus motivos, y en el oceano inmenso de sus promesas, y sus premios inefables? Entonces que perspectiva tan rica, y preciosa se ofrecerá á nuestra mente, y á nuestro anhelante corazón, de ideas magnificas, de grandezas, de esperanzas, de consuelos y felicidades? Entonces veremos, que la doctrina y religion de Jesucristo, es en toda su excelencia la perfeccion, la plenitud, el último grado, y en una palabra, la suma total de todo cuanto el hombre busca, y echa de ménos para su contentamiento y felicidad. Ninguna cosa fué jamás tan profundamente pensada, ninguna supone un conocimiento tan completo del corazón humano, como la doctrina, y el plan del cristianismo. El solo satisface á nuestra razon, y justifica la providencia en las adversidades momentáneas del hombre virtuoso, y en las prosperidades engañosas del impío y del malvado, él solo nos descifra la contradiccion asombrosa del hombre abandonado á sí mismo, que anhela de continuo, por verse feliz, y adopta, no obstante los medios que mas le alejan de su felicidad; él solo descubre nuestras verdaderas miserias, y nos señala y suministra el modo seguro y cierto de remediarlas. El mas alto grado de perfeccion, á que podría llegar un sistema de felicidad pública y particular, sería, que en él, la parte mas fuerte y poderosa de la sociedad, fuese impelida por el mas vivo é imperioso interés, por los motivos mas gran-

des é irresistibles á comunicarse, y aun á igualarse con la parte mas débil, y miserable, y que al mismo tiempo tuviese ésta un punto de seguridad y de reposo, independiente de aquella proteccion, y que aun pudiera ser dichosa, y feliz, bajo el yugo mismo de la opresion, y la espada de la tiranía. Pues de hecho la religion de Jesucristo ofrece á los mortales este sistema venturoso y admirable. Ella inclina y obliga, con los motivos mas justos y poderosos, á todas las clases superiores de la sociedad, al socorro y alivio de las débiles y pobres, al paso que ennoblece, y santifica en éstas la humildad de la obediencia y sumision. Ella obtiene el doble privilegio de garantir á los pueblos de las vejaciones opresivas, de los soberanos, y de colocar á éstos mismos soberanos, á cubierto de los terribles atentados, de la rebelion. Ella infunde á los monarcas, á los magistrados, y á los padres de familias las ideas mas puras y sublimes, los sentimientos mas nobles y racionales, sobre la naturaleza de sus funciones, y de los cargos que les incumben. Les enseña, que han sido constituidos, y establecidos por Dios, para cooperadores de su providencia, y que en su nombre gobiernan, y mandan, que el objeto de haberles confiado una parte de su autoridad soberana, ha sido para que gobernasen á los hombres como los gobierna él mismo, de quien son representantes en la tierra, ésto es de un modo generoso, desinteresado, benéfico, y paternal. Para disipar las ideas de soberbia, que imprime ordinariamente la superioridad, para prevenir los efectos funestos del orgullo, y los abusos del poder, ¿qué medios tan eficaces nos presenta la religion? No se contenta con el frío lenguaje de la filosofia, ni acude solamente á recompensas, ó á terrores temporales; sino que desde su cátedra sagrada truena sobre las cabezas de los potentados, superiores, y pa-

ñes de familia. «Existió, existe, sobre vosotros un rey de reyes, un juez irreconusable, un padre universal, que os ha constituido ministros suyos; y ha señalado el sepulcro, y las puertas de la eternidad, por término infalible, é inevitable de vuestras grandezas, dominio y poder, para luego trasladaros á su tribunal incorruptible, á fin de que le respondais de los abusos de autoridad que hubieris cometido»

«O! ¿que hombre colocado en dignidad, ó en clase superior, dejará de temblar y humillarse con los que le obedecen, si verdaderamente escucha éste idioma imperioso de la realeza? Pero al paso que ésta dicta lecciones tan grandes, y terribles á los reyes, y á todos los que se hallan colocados en clase superior, también toma de la mano á los hijos de familia, á los súbditos, á los criados, á todos los inferiores, y los conduce, sumisos y humildes, al pie de los sállos, á la presencia de los padres, y magistrados, les hace ver en ellos el semblante augusto de Dios, y los convence de que oyen su voz, y á ella obedecen, cuando oyen y obedecen á los que los gobiernan y mandan. Y si tal vez sucede, que en lugar de padres, de amigos, y protectores no encuentren sino opresores bárbaros y orgullosos, en los que deben ser imágenes del supremo soberano á quien representan, y por quien mandan; si tal vez se ven afligidos y tiranizados por los que debieran protegerlos, no por eso desmienten su carácter, ó abandonan sus deberes, ni la religion los desampara bajo el peso mismo de la opresion, y tiranía, ántes redobla ésta sus esfuerzos para acrisolar su virtud, ofreciendo mayores recompensas y coronas á la fidelidad y sufrimiento, mayor y mas espantosa venganza de los que abusan de su paciencia, y sumision. Así que, siempre le queda al verdadero cristiano una áncora de salud en que afianzarse, siempre se le des-

cubre un rayo de luz consoladora para los casos desastrosos, en que el filósofo, y el hombre sin fé, no ven en torno de sí mas que objetos lúgubres, de rabia y desesperacion. Guiados de aquella luz soberana, los verdaderos discípulos de Jesucristo, hallan motivos no ya solo de conformidad, y paciencia, pero aun de consuelo, y alegría en las mas terribles y crueles vejaciones. Saben, adoctrinados por la fé, que nada puede sucederles de adverso sin la voluntad del padre omnipotente y amoroso, á quien adoran: saben, que aun el pajarillo no cae en el lazo sin previa disposicion del sumo árbitro de todo lo criado, que lo ordena y encamina todo al bien de sus escogidos: saben, que los trabajos momentáneos de ésta vida, no son mas que nuevas ocasiones de añadir piedras preciosas á la corona inmortal, á que aspiran y anhelan: saben, que no hay aquí otra desgracia verdadera y real, que la de manchar su conciencia con la injusticia, y la iniquidad: saben, que sus breves aflicciones y amarguras, no son comparables con las congojas rabiosas del miserable y triste malvado, que prospera y triunfa por un momento, para ser pasto infeliz de eternos sálpicos; y blanco desgraciado de las implacables iras de Dios. Saben en fin, que no quedarán sin venganza espantosa, y sin desagravio el mas cumplido, las injusticias que se les hacen, y se consuelan, y reportan con la esperanza y memoria del gran día de la resurreccion. En éste día de luces, y de verdades, en que se evaporarán hasta los átomos de todas las grandezas, y vanidades mundanas, y se hundirán en el abismo de la eternidad, todos los desiguos, proyectos, y empresas de los necios, al paso que revivirán y se vestirán de gloria inmortal, las obras oscuras, y despreciadas de los justos: en éste día de discernimiento, de reparacion y equidad, en que la sabiduría del mundo será vergonzosamente reprobada, y sus pretendidos sábios y héroes, despoja-

dos de los mentidos atavos: aumentarán la multitud desgraciada que el anatema del soberano Juez debe abandonar, á las tinieblas de un olvido sempiterno; al paso que la virtud, oída por el crimen, recibirá una venganza, y satisfacción pública que decidirá, á la faz de todas las criaturas; en éste dia en fin, que decidirá la suerte de todos los mortales, Jesucristo, lleno de magestad, circundado de toda su corte, armado con la espada de dos filos, se apropiará todas las consolaciones y alivios, como todos los disgustos, y vejaciones que hubieren experimentado los infelices y desgraciados. Y así, hablando á sus fieles, escogidos, no alegará para su admisión otros títulos que su caridad y beneficencia con los afligidos hombres, como por el contrario volviéndose á los réprobos, no les presentará para justificar el decreto de su eterna condenacion, sino el orgullo bárbaro, y la dureza insensible, con que trataron á los débiles y pequeños.

¡Ah! señores, las legislaciones humanas, aun ayudadas de cuanto la filosofía ha enseñado de mas justo y racional, no pueden ofrecer á la virtud una perspectiva tan rica y grandiosa, ni un punto de apóyo tan seguro y tan superior á todas las fuerzas del poder humano, y á todos los caprichos, é injusticias de la fortuna. Estaba reservado al hijo de Dios, traernos del cielo, y del seno del Padre, doctrina tan pura, sabia y admirable, en la que se vieran conciliados todos los intereses, resultando la mutua felicidad, y el reposo de los hombres. Estaba reservado á Jesucristo, traernos las solas esperanzas, y consuelos, que correspondiesen á la capacidad de nuestro corazon, y que pudieran inclinarlo á hacer los mayores sacrificios, con la seguridad de compensaciones infinitamente superiores. Los filósofos, ni supieron, ni pudieron acertar con aquel justo temperamento, con aquella fraternidad, é igualdad tan deseada, y tan quimérica

mente buscada; fuera del evangelio; que sin confundir los estados, sin degradar los caracteres, hermana los grandes y ricos, con los pequeños y pobres. Pues tal es, señores, la excelencia y la perfeccion que distingue á la religion cristiana; de cuantos sistemas de moral, y de política, han aparecido en el mundo, y solamente es capaz la mala fé, de negarle ésta justicia, á saber, que en ninguna parte, sino es en ella, se ha presentado á los hombres un plan mas rico, mas universal, y mas á propósito para la concordia, estabilidad, y firmeza de los gobiernos, para el reposo del mundo, y el bien estar de todo el género humano. ¿De dónde, sino, se originan diariamente las miserias que le afligen, atormentan y consumen? ¿De dónde las perfidias, las falsedades, las imposturas, las vejaciones, las tiranías con que se ve cada dia lastimado el seno de las familias, y sociedades? ¿Quiénes son los que tratan á sus hermanos, cual si fueran rebaño de esclavos viles, los que trafican con los gemidos, con las lágrimas, y la sangre de sus semejantes? ¿Los que están á toda hora dispuestos á atropellar impúnemente, los derechos de la justicia, de la honestidad y del pudor? ¿Los que en fin, son cónsua, de que algunas veces parezca, ménos fatal y peligrosa, la compañía de los tígres, que la sociedad de los hombres?

¡Ah! no son, no ciertamente, esas familias apreciables, laboriosas, humildes, moderadas y virtuosas, que de generacion en generacion, y de padres á hijos, se trasladan, como en depósito y preciosa herencia, el santo temor de Dios: esas familias patriarcales, y aun me atrevo á decir, verdaderamente españolas, adonde por dicha no ha penetrado la afeminada, y pestilente ilustracion de nuestro siglo: esas familias, que no saben hablar con sutileza y elegancia, pero que saben obrar virtuosamente: esas familias, en fin, cuyos afines se ciñen, á vi-

vir honestamente con su trabajo, cuyos deseos vuelan á la eternidad, y cuyas atenciones se fijan principalmente, en no desagradar al Señor de cielo y tierra. Para éstos virtuosos, y afortunados mortales, que sin hacer estrépito en el mundo, son los que más le consuelan y honran: todo lo que hay en él, excepto la iniquidad, lleva el sello de una sancion divina, y en todo reconocen y siguen la mano del Criador; y aun en las que se llaman calamidades, y desgracias, adoran su providencia, y perseveran fieles á su deber: porque el espíritu, y los motivos que los animan, no reciben su impulso de esperanzas y temores terrenos, que son el móvil vacilante de los que solo afianzan el cumplimiento de sus obligaciones en la ambicion, ó el interés. De aquí proviene, que el hombre animado del espíritu y la doctrina del cristianismo, es en todos tiempos, en todas circunstancias, bajo de cualesquiera gefes, justos, ó perversos, el mismo siempre, siempre incorruptible, honrado, laborioso, fiel á sus obligaciones, virtuoso y bueno, y todo ésto independientemente de la justicia, ó su razon, con que se le trata, porque su fidelidad y virtud, estrivan en fundamentos mas altos, é indestructibles, y buscan mas dignas y preciosas recompensas, pues en todo lance, buen magistrado, vasallo bueno, y pacífico, gefe activo, aplicado, é intrépido, soldado honrado, valeroso y disciplinado, buen príncipe, buen superior, buen patriota, buen hijo, buen padre, buen amigo, buen ciudadano, y en una palabra, el miembro mas adaptado, y provechoso á la sociedad. Ahora bien, ¿quiénes serán ya los perturbadores, y los tiranos del género humano? ¿quiénes el azote verdadero, y mas cruel de las sociedades y familias? Son, señores, ó los malvados que ignoraron desde niños la doctrina de la religion, ó los pretendidos sábios que la menosprecian y desacreditan, los hipócritas, pregoneros de la humanidad, que reducen nuestro des-

tino al espacio de una apariencia rápida en medio de los demás hombres. Para éstos la sociedad humana jamás será sino un vil simulacro á quien incensarán algunas veces, ó por interés, ó para cumplir con la decencia, al mismo tiempo que la despreciarán interiormente, y la mirarán solo como presa del mas fuerte, ó mas afortunado. Ni puede ser otra cosa. Porque cuando la irreligiosa filosofía hace sus mayores esfuerzos para borrar de la sociedad humana aquel gran sello de perpetuidad y gloria, que le imprime la religion, y quiere reducirla á una masa de vivientes, arrojada casualmente, en medio de la duracion infinita, que la precedió, y debe seguirla, no la despoja, de toda la fuerza, verdad y santidad, de los derechos, que tiene, á nuestro amor, y sacrificios. ¡Ah! el género humano, y sus mútuas relaciones, únicamente son un espectáculo respetable, y augusto, para el hombre acostumbrado á vivir en la presencia de aquel gran Dios, que le formó, que le dictó sus obligaciones, que anonadó á su hijo para levantarle de sus miserias; de aquel gran Dios, para quien nada muere; de aquel gran Dios, que hará encontremos, en la ciudad eterna, á nuestros amigos, á nuestros parientes, á nuestros conciudadanos, y á nuestra patria; y que trasladará ésta sociedad terrena, adonde ya existia otra gloriosa, aun ántes de la creacion del universo en los decretos del Altísimo. Esta es, señores, la doctrina, y éstos los altos, y nobles sentimientos, que necesita la sociedad humana, que necesitan las familias y los hombres, para ser aun temporalmente dichosos y felices, porque únicamente lo es el pueblo que tiene á Dios por su amo y Señor. *Beati populus &c.*

Se me dirá tal vez, que afianzar la felicidad del género humano en la práctica fiel de la religion cristiana, es lo mismo que idear una felicidad, una idea quimérica: es imaginar

una república platónica puesto que no es de esperar, al parecer, que los hombres lleguen al grado excelente y superior de virtud, de pureza y desinterés, que desea y prescribe el evangelio. Así es, señores, y yo confieso que atendida la ceguera de los mortales así acontecerá regularmente. ¿Pero qué prueba eso? Prueba cuando más, que los hombres proseguirán en desviarse del camino cierto y seguro, que el cielo les tiene designado, para ser virtuosos y felices, es decir, que proseguirán en ser tan ciegos, e insensatos como hasta el presente, y quizás aun más, pero la multitud de los necios en nada perjudica a la verdad, como el no ver los ciegos, nada prueba contra la real existencia, y los beneficios de la luz: así que siempre será cierto, y muy cierto, que el hombre tiene abierto el camino de su felicidad temporal y eterna, en la doctrina y en la práctica de la religión de Jesucristo, y que los pueblos, tanto mas se apartan de una y otra, cuanto fuere mayor su distancia, de las máximas del evangelio; y por consiguiente, decía bien el Profeta, que el pueblo verdaderamente feliz no es el que abunda de riquezas y comodidades, sino el que teme a Dios, y le tiene por su amo y Señor. *Beatus, &c.*

O vosotros pues, legisladores de los pueblos, príncipes y reyes que debéis procurar el bien estar de los hombres, magistrados, y custodios de la pública felicidad, padres de familia, que anhelaís por la paz, y subordinación de vuestras casas, criad buenos cristianos, y lo tendréis todo: tendréis hijos obedientes y piadosos, tendréis vasallos fieles, y sumisos, pueblos laboriosos y aplicados, artistas promovedores de la industria, útil y laudable, no de la corrupción, tendréis sociedades de hombres de bien, y formareis naciones indomables por su union y concordia fraternal, por su decision heroica y denonada, en man-

tener vuestros derechos, y en resistir á las astucias y agresiones de los perversos y tiranos. La España os acaba de dar, y acaba de dar á todo el mundo, un ejemplo memorable, y una gran leccion, de lo que es un pueblo, cuyo carácter está fundado en principios religiosos.

Digan ahora, despues de los hechos, cuanto quieran esos que se precian de ilustrados y políticos; procuren atribuir á una serie regular de causas, unos acontecimientos, que tuvieron ellos mismos, por enteramente imposibles; afínense enhorabuena, por dar colorido diverso á una empresa, que ántes calificaban de locura, de temeridad, y frenesí: cierto será, muy cierto, que el estupendo espectáculo y los sucesos inauditos, con que el pueblo español dejó atónita la Europa, y que para los siglos futuros serán materia de enseñanza y asombro, en nada se debieron á esa decantada ilustracion del nuestro: y desgraciada la España, si ésta hubiera mas universal en sus provincias! debiéronse al religioso carácter de ese pueblo, que los verdaderos necios, llamaban ignorante; de ese pueblo, que guiado unicamente de la antorcha de su fé, y movido por el espíritu de su religion, jamás se engañó cuando se engañaban y erraban los sabios, jamás se acovardó, cuando se amilanaban los políticos, jamás cedió, cuando los presumidos que no hacian mérito de la religion, caían con escándalo; jamás en fin dudó que el cielo se olvidase de él, cuando veía mas abandonada por los hombres su justicia, y su patria; guiado, guiado unicamente de estos principios, y animado de éstos sentimientos, se arrojó á todo, y de todo triunfó. Ni es ésta la vez primera, que éste pueblo grande, y religioso, ha dado al mundo semejantes ejemplos, ni será la última, que los dé, si fiel á la moral que inspira la religion cristiana, tubiere á ésta por regla de su política y conducta: pues así continuará en espe-

44
rimentar, y probar: que el pueblo mas grande, mas fuerte,
y mas dichoso, es, el que teme, y obedece á Dios, y le tiene
por su Rey, y Soberano.

DIJE.

DON JOSÉ BONELL Y MARTÍ,
DARÁ LAS GRACIAS AL SÁBIO CONCURSO, CON EL
SIGUIENTE

ROMANCE HERÓICO.

Plantas hermosas que el jardín florido
Poblais ahora de la Escuela Pía,
Que el mismo Calasanz del alto cielo
Con esmero solícito cultiva.

Creced pujantes y elevad ufanas
Ornada ya de flor la verde cima;
Nunca marchite el pestilente soplo
Del vicio tan amena lozanía.

Nunca echeis en olvido las verdades
Nunca las benéficas doctrinas.
Que recibis aquí, y ellas por siempre
Vuestra ventura harán grande y cumplida.

¡Ó jóvenes amados! ahora tiernos,
Piedad y letras sean vuestras gias;
Piedad y letras y vereis cual tornan
Los héroes de Aragon y de Castilla.

Éstos ensayos juveniles viendo
La patria, se promete bellos días,
Mirándose ya en torno rodeada
De tales hijos que Valencia cría.
¡Cuán placentera vuelve hácia este sitio
Una dulce mirada y suave risa,

Y al ver este liceo respetable
Esclama en tierna voz, agradecida.

Salve excelso Varon, grande ornamento,
Y timbre luminoso de mis climas,
Bénéfico Pastor, cuyas bondades
Merecen mi atención, cólman mi dicha.

Tú de la infancia las primeras voces
Benigno escuchas, liberal animas,
Y á dirigir sus pasos bacilantes
Hacia las letras y piedad la inclinas.

En nombre suyo por favores tantos,
Las gracias te doy yo, gracias cumplidas,
Tan dulce humanidad, franqueza tanta
Dejando en mis anales esculpida.

Tambien tú, ¡ó clero venerable y sábio,
Blason siempre glorioso de esta mitra,
Que fácil oyes balbucientes niños,
Cual de gozo me llenas y alegría!

Y tú, nobleza, cuya ardiente espada
Retiró el moro bárbaro á la libia,
Rompiendo valerosa las cadenas
Donde ocho siglos suspiré cautiva;

Salve, nobleza valenciana, salve,
Pues ya de timbres laureada y rica
El oído marcial á los acentos
De las amables musas fiel aplicas.

¿Y que diré á vosotros literatos,
Porción de ciudadanos escogidos?
Y que á tantas matronas respetables

Que presentes sus tiernos hijos miran?

Todo aquí gratas sensaciones,
Promesas y esperanzas mil á viva
Por todo gracias mil rinde gustos
Á Valencia la España en este día.

Así dice la patria, y sus palabras
Desde el alto pirene repetidas
Hasta las cumbres del atlante vuelan
Por toda Iberia con aplauso oídas.

Á las suyas uniendo nuestras voces
Repetimos, señores: á porfía,
Vivan de este liceo los Mecenás
La florida Valencia, viva, viva.